

**Prólogo en:** “Psicoanálisis de lo insólito” de F. Gavilán  
**Ed.** Noguer, Barcelona, 1985

## ***La ciencia y lo insólito***

*Nada hay más ajeno a mis hábitos literarios que la elaboración e prólogos, actividad a la que hasta ahora siempre había logrado escapar. Los riesgos y dificultades parecen, en efecto, fuera de toda proporción. ¿Cómo enjuiciar y presentar una obra en la que el autor a puesto no sólo su experiencia, ilusión y conocimientos, sino, sobre todo, su peculiar visión de una ciencia y, de manera sutil, de la vida en general? ¿Cómo comprometerse –porque prologar es aceptar– con un trabajo que no es propio, cuando uno a veces recela de los retoños de su misma esencia?*

*No es fácil responder, y no pienso hacerlo. No es mi cometido analizar –psicoanalizar, como diría mi querido autor de este libro– a los escritores de prefacios e introducciones. Francisco Gavilán es un psicólogo, y, muy especialmente, un hombre rebosante de sentido común, coordinadas cuyo encrucijamiento es casi tan insólito como el tema que considera, y como mi propia participación.*

*Durante los últimos años, el autor ha recopilado sucesos extraordinarios, siguiendo un método en apariencia trivial, pero profundamente significativo en el fondo. La ciencia se hace, bien es verdad, en*

*los cubículos secretos del investigador, y se difunde en las revistas especializadas de sus gremios cerrados. Pero su conocimiento operativo pasa siempre por los medios de comunicación de largo alcance, y es allí donde Francisco Gavilán detecta los elementos para el presente estudio. Gracias a estos medios de información logra el ciudadano normal descubrir en qué emplean su tiempo sabios y filósofos. O en qué debieran emplearlo, porque Francisco Gavilán nos hace conscientes de muchos fenómenos cuyo estudio no pasa de la mera anécdota, y cuyas implicaciones son cuidadosamente obliteradas por la «ciencia oficial».*

*Con desgraciada frecuencia, los pensadores de talla dedican su esfuerzo de manera exclusiva a temas obvios y habituales, quizá para no arriesgar su prestigio en aquellos de veracidad dudosa. Frente a una noticia inusitada, es aconsejable, en efecto, sospechar ante todo de la labor fantástica de una imaginación acuciada por necesidades emotivas. En ciertas personalidades y circunstancias, es fácil confundir deseos y temores con la realidad, inventándose, de manera más o menos consciente, respuesta para todas las inquietudes. Así, la soledad y la culpa favorecen apariciones alucinóticas, la sugestionabilidad del inculto es tierra blanda donde se moldean las más disparatadas creencias, el afán de poder y notoriedad impulsan a las más sorprendentes aventuras. La lista podría ser interminable, pero creo que el corolario está ya claro: Es preciso desconfiar de lo insólito. Es ahora oportuno que nos preguntemos hasta qué punto debemos llevar nuestro recelo. Para librarse de la credulidad bobalicona, no es necesario caer en el escepticismo a ultranza. En contraposición con la duda razonable, tanto la candidez como la suspicacia exageradas parecen actitudes erróneas, ambas, pienso yo, con una raíz común en el seno de lo irracional. Nos será muy fácil comprobar esta afirmación en el caso de sujetos exacerbados, obviamente incapaces de consideraciones objetivas. Pero, ¿cómo acusar de irracional la incredulidad fría, «científica», que tantas veces encontramos en los que niegan a priori todo aquello fuera de lo normal?*

*La intensidad con que se insiste en que sólo hechos de ocurrencia repetitiva y consistente son dignos de análisis científico ha atraído*

*siempre mi atención Parece como si fuera muy importante negar la heterogénea volubilidad de la naturaleza, hasta el punto de que los datos que no encajan en estructuras preconcebidas son fácilmente rechazados. En la ciencia del siglo pasado, el universo se veía como un inmenso reloj, con mecanismos intrincados, pero totalmente previsibles. Es muy posible que la nostalgia por aquella física newtoniana siga interfiriendo en la lógica de muchos razonamientos científicos.*

*La dura realidad es que todas las acusaciones de la física se cumplen de manera sólo aproximada, o mejor, de forma correcta en términos estadísticos globales, pero con posibilidad de desviaciones ocasionales. Ni que decir tiene, la variabilidad de las normativas y previsiones de psicólogos y sociólogos es mucho mayor, aunque quizá no muy diferente en su esencia. La naturaleza, tal como hoy se entiende, no tiene leyes, sino sólo costumbres, de las que a veces se olvida para sorprendernos con lo inesperado. Es tal vez esta imposibilidad teórica de lograr predicciones infalibles lo que angustia a tantos intelectuales que, precisamente por su afán de saber, son hipersensibles a lo desconocido. Negar todo lo que no puede ser irrefutablemente demostrado, sin asomo de duda, puede ser una defensa contra esa angustia, y no precisamente un signo de mentalidad científica.*

*Siguiendo el razonamiento inverso, quizá podríamos llegar a afirmar que lo asombroso atrae a personas poco dadas al análisis racional, deseosas tan sólo de excitación o entretenimiento. Es posible que a veces sea así, pero no necesariamente en cada caso. Si la marca del hombre inteligente es prestar atención a lo que para todos pasa inadvertido, la del genio creador es encontrar sentido a lo que para todos resulta inexplicable. Raro es el gran descubrimiento en cuya base no pueda encontrarse un elemento que, por lo insólito, resultaba inaceptable para la cultura de la época. En el esfuerzo por incluir en su contexto datos aparentemente aberrantes, se rompen los moldes del pensamiento estrecho, se crean nuevos esquemas conceptuales, se amplía el campo de la experiencia, y se hacen posibles vivencias y previsiones que antes eran inimaginables.*

*Este análisis de lo insólito que nos ofrece Francisco Gavilán ha de entretener a todos, apasionar a muchos y, quién sabe, tal vez espo-*

*lear alguna aventura intelectual en los dominios inacabables de los descubrimientos humanos.*

**Dr. D. José Luis González de Ribera y Revuelta**

Psiquiatra Profesor Agregado de Psiquiatría en la Universidad de Ottawa (Canadá)